

pezó por sus discursos habituales, referentes á la conveniencia y á la necesidad de que ambos imperios se uniesen con una estrecha alianza. Volvió á protestar de nuevo de que se habia estinguido en su corazon toda clase de envidia; pero manifestó al propio tiempo que la Francia acababa de engrandecerse de una manera extraordinaria y que si deseaba alguna recompensa en provecho de la Rusia, lo hacia menos por él que por su nacion, á la cual era preciso hacer tolerables los grandes cambios que se habian verificado en el Occidente. Respecto á los acontecimientos tan estraños de Bayona, y la ocupacion tan inopinada de Roma, apenas profirió una palabra, limitándose únicamente á decir, que los príncipes de España y el pontífice romano no eran mas que unos pobres personajes, cuya incapacidad les hacia dignos de su suerte, y los cuales se habian hecho por su obcecacion incompatibles con el estado en que se hallaban á la sazón los asuntos de la Europa. Esto no obstante, añadía el emperador Alejandro, que era preciso que hubiesen comprendido todos tan bien como él el sistema de Napoleon, para admitir con la facilidad que él las admitia, las catástrofes que acababa de presenciar el mundo, y que por lo tanto, se hacia indispensable que llamasen tambien la atencion de los rusos los cambios notables que pretendia que se verificasen en Oriente, á fin de que separasen su imaginacion de los de Occidente. En cuanto á los enemigos de la Francia, Alejandro declaró que los consideraba como suyos, mediante á que, merced á la política de Napoleon, se hallaba en guerra con la Gran Bretaña, y á que respecto al Austria, faltábale muy poco para mostrarse abiertamente adver-

sario suyo, puesto que se hallaba dispuesto, para contenerla, á emplear las manifestaciones mas imponentes y mas decisivas, y si estas no bastaban, á pasar de las palabras á las obras, es decir, á la guerra bajo una condicion, sin embargo, á saber, la de dejar á la corte de Viena las contras de la agresion sin tomarlas para sí.

Napoleon respondió á estas protestas de amistad con toda la efusion posible y con una esposicion de miras análogas, manifestándose tambien resuelto á su vez á prestarse á los engrandecimientos razonados de la Rusia: mantúvose, empero, inexorable respecto á la imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre ciertos proyectos escudandose con las grandes dificultades en que á la sazón se hallaban empeñados ambos imperios, las cuales les aconsejaban que no seria prudente intentar en semejantes momentos grandes arreglos y divisiones territoriales, porque harto grandes eran ya las que se habian verificado en el mundo, para añadir una tan prodigiosa como lo de repartirse el imperio turco, y sobre todo, la de repartirselo entero. Examinando luego minuciosamente los proyectos que tanto habian agitado el espíritu de Alejandro y el de Mr. de Romanzoff, discutió sucesivamente los diversos planes de division que habian propuesto uno y otro, y para atraer mas fácilmente al emperador Alejandro á sus miras, se mostró tan breve y perentorio como siempre respecto al artículo concerniente á Constantinopla, es decir, sobre la posesion de los estrechos, quitándole toda esperanza de concesion acerca de este punto. En seguida procedió á la enumeracion de las dificultades con que tropezaría la Rusia, si se

empeñase inmediatamente en la ejecución de tan magna empresa, manifestando, que el Austria no accedería á ello, fuesen los que se quisieran los ofrecimientos que se le hiciesen, y que preferiría la lucha mas desesperada á la division del imperio turco. Que la Inglaterra, el Austria, la Turquía sublevada hasta en sus cimientos, la España y una parte de la Alemania, se unirían para combatir por última vez contra semejante repartición del mundo entero. ¿Era, pues, licito á los dos imperios escoger ocasion semejante para emprender obra tan gigantesca? La Rusia encontraba obstáculos en la Finlandia, de la cual se creyó en un principio, como de la España, que sería de fácil sumision. Aquella potencia tenia un ejército sobre el Danubio, suficiente, si se quiere, para hacer frente á los turcos, mas no en el caso de una sublevación nacional de su parte: quedábanle en una palabra escasas fuerzas para habérselas con el Austria, y por lo tanto sería preciso que Napoleon se las entendiese con el Austria, la Inglaterra, la España, y con los estados de Alemania que intentasen una insurrección. No era esto decir, sin embargo, que le fuese imposible combatir contra todas estas potencias; afortunadamente se hallaba en disposición de poder triunfar de todos sus enemigos: ¿mas sería cuerdo emprender á la vez tantas cosas? ¿Y para qué? Para conseguir un objeto quimérico, por lo que tenia de vasto y sobre el cual jamás podrían llegar á entenderse los dos imperios. ¿No habia algun otro medio mas sencillo, mas practicable y tanto mas satisfactorio? ¿No podían convenir, por ejemplo, en algunas adquisiciones, indicadas ya de antemano, cuya admision

no sería de difícil logro por medio de la diplomacia europea, aun valiéndose tan solo de medios pacíficos, y las cuales constituían ya de por sí el mas brillante y el mas inesperado de los resultados para la Rusia? Y si andando el tiempo, obtenía esta la posesion de la Finlandia, la Moldavia, y la Valaquia, ¿no habria llegado á igualar bajo el reinado de Alejandro á los imperios mas brillantes y á los mas fecundos en sus engrandecimientos territoriales? La Francia por su parte ya no ambicionaba mas. La España para José, y el poder temporal para los franceses en Roma, colmaban todos sus deseos. Ya ningun otro cambio de territorio apetecía. Para dar de ello una prueba, iba á distribuir entre los príncipes de la confederación del Rhin los territorios alemanes que le quedaban del desmembramiento de la Prusia. Bastábale con sus fronteras naturales, y la España misma, de la cual acababa de apoderarse, no era una adquisición territorial, puesto que en resumidas cuentas aquella nacion quedaba independiente y separada bajo un príncipe de la casa de Bonaparte, en lugar de serlo bajo un príncipe de la casa de Borbon. Asi, pues, todas estas ventajas no era imposible obtenerlas por medio de la diplomacia, y con tal de que los rusos hiciesen en Finlandia un esfuerzo y otro los franceses en España. ¿No era lo mas probable, en efecto, que la Europa, causada de tantas turbulencias, prefiriese, en presencia de dos imperios estrechamente unidos, declararse mas bien por la paz que por la guerra? Y la paz, despues que la Rusia tuviese segura la posesion de la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia, y la Francia el complemento de su sistema federativo por medio de la

sumision de la España al rey José, era seguramente un desenlace bien halagüeño, asaz aceptable y el cual colmaria de júbilo al universo. Mas si la paz con estas condiciones era imposible, ambos imperios podrian despues de haber terminado el uno con la Finlandia, y con la España el otro, empeñarse en el porvenir desconocido é inmenso que se abria para ellos en Oriente, mas desembarazados, mas libres en sus movimientos, y dueños mas absolutos de los recursos de que disponian. Ademas, Alejandro y Napoleon eran jóvenes, tenian por tanto, tiempo de esperar y de remitir para mas tarde sus vastos proyectos sobre el Oriente.

Admitida la estraña situacion que colocaba asi á los dos soberanos de Oriente y Occidente en presencia uno de otro para tratar de tales asuntos, nada era mas cuerdo que semejante sistema. Acabar con lo que habian comenzado antes de dedicarse á nuevas empresas, era una prudente medida, dictada á Napoleon por el primer descalabro que acababa de sufrir, y la cual le parecia tanto mas agradable, cuanto que se hallaba ya un poco fatigado de la guerra. ¡Pluguiese al cielo que se hubiera mostrado algo mas sensible á las primeras lecciones de la fortuna!

Fácil es presumir que Napoleon y Alejandro no se dirian todas estas cosas en una sola sesion, sino en muchas. En cuanto al segundo, desde el momento en que se rehusara á Constantinopla, ya no cabia probabilidad alguna de que pudiera agradecerle nada referente á la division del imperio turco. Aplazar esta inmensa cuestion, que encerraba la suerte del antiguo universo, y aplazarla para un tiempo en que la Rusia tuviese que contar menos

con el Occidente, era lo que le restaba que hacer. Por otra parte, substituyendo á los proyectos gigantescos y aun quiméricos en demasia, que abrigaba, una realidad tal como el don de las provincias del Danubio, si este no era una vana promesa, sino un don cierto é inmediato, habia bastante para satisfacer al czar, y él mismo lo conocia asi en sus momentos de reflexion, y aun le parecia lo mas conveniente, atento á que en tal caso nada tenia que dar á la Francia sobre las costas del Oriente, ni la Albania, ni la Morea, ni la Tesalia, ni la Macedonia, ni la Siria, ni el Egipto. El viejo y débil imperio de los sultanes quedaba siempre como una presa preparada para el momento en que pudiese devorarla, y por lo presente recibia un don real, que, en otro tiempo cualquiera que no hubiese sido en aquella época de prodigios, se hubiera juzgado como un magnifico don, que no debia acarrear en pos de sí ningun disgusto, y el cual no tenia que pagarlo con ninguna compensacion sensible, puesto que, bien mirado, que la España perteneciese á la casa de los Borbones ó á la casa de Bonaparte, esto á lo sumo podia importarle á la Inglaterra, mas en manera alguna á la Rusia.

Alejandro podia, pues, prestarse á las nuevas miras de Napoleon, y encontrar en ellas amplias satisfacciones. Mas en este arreglo nada habia de maravilloso, y como para uua imaginacion cual la de este soberano, lo maravilloso era muy sensible de perder, el resultado mas positivo iba á carecer para él de encantos, y su amistad con la Francia corria riesgo de convertirse en una de aquellas amistades apasionadas á las cuales solia él tardar muy poco á substituir con la mas indiferente ti-

bieza. Con todo, no dejaba de haber en las nuevas proposiciones alguna cosa, capaz de suplir para con el joven emperador el prestigio de todos los planes de repartición del imperio turco, á saber: la realización instantánea de sus deseos, los cuales tenían la viveza peculiar de todos los apetitos de la juventud, la cual gusta de verlos satisfechos sin dilación alguna. Su anciano ministro, Mr. de Romanzoff, á pesar de hallarse tocando al otro extremo de la vida, participaba de todo el ardor juvenil de los deseos de su amo, y como él, deseaba obtener las cosas al punto, sin que se retardase un día el cumplimiento de sus anhelos, como si temiese que á su edad iba á faltarle el tiempo para gozar de su gloria: tal debía ser en efecto, y una de las mas brillantes, para un antiguo discípulo de Catalina, el proporcionar al imperio ruso la adquisición de las embocaduras del Danubio. El atractivo, por tanto, que Napoleon tenía que substituir á lo maravilloso, era el de la prontitud. Preciso era, pues, dar inmediatamente para que el don tuviese su verdadero precio.

Admitido que fué este nuevo sistema de arreglo, Alejandro y Mr. de Romanzoff se lanzaron con una pasión inaudita sobre la idea de adquirir la Moldavia y la Valaquia, y manifestaron deseos de llevarse á todo trance de Erfurt, no una vana promesa, sino una realidad que pudiesen anunciarla públicamente al regresar á San Petersburgo (1).

Hasta entonces Napoleon había tolerado la

(1) Existen en los archivos de la secretaria de Estado cartas muy curiosas de Mr. de Champagny, en las cuales al referir á Napoleon éste sus entrevistas con Mr. de Ro-

ocupación momentánea de las provincias de Moldavia y de Valaquia por los rusos; pero no sin dirigir de vez en cuando algunas reclamaciones sobre este punto, y sin manifestar terminantemente que semejante ocupación sería una consecuencia forzosa de la ocupación prolongada de la Silesia por los franceses. Al presente, sin embargo, ya no se pensaba en una represalia de esta naturaleza. Lo único que se hacía preciso era que la Francia consintiese por medio de un tratado formal en que la Rusia tomase definitivamente las provincias del Danubio, y que se obligase no solo á ratificar esta adquisición, sino á hacer que la ratificasen la Turquía, el Austria y hasta la Inglaterra misma, cuando se estuviese en el caso de entrar con ella en negociaciones. En su consecuencia, la Rusia iba á romper su armisticio con los turcos, á llevar sus ejércitos hasta el pie de los Balkanes, y aun mas allá, si se hacía necesario, hasta Andrinópolis y Constantinopla, á fin de arrancar á la Puerta este sacrificio. En el caso de que el Austria quisiese intervenir, la combatirían reunidos: en cuanto á la Inglaterra, como se hallaba con ella en lucha á la sazón, ningún partido nuevo había que tomar.

Napoleon no tenía objeción alguna que hacer á estas ideas. Su pensamiento era dar sin dilación porque había comprendido la necesidad de excitar una pasión nueva en el corazón de Alejandro. Lo único que deseaba era observar alguna prudencia en la enunciación de las resoluciones que se acordar-

manzoff, da la mas singular idea de la impaciencia del ministro ruso. Mas adelante insertaremos algunos trozos que describen esta impaciencia con toda su verdad.

dasen en Erfurt, para no comprometer el proyecto de paz general, que él se proponía con aquella entrevista, y á este fin aceptó el principio de que la Rusia entraría inmediatamente en posesion de la Valaquia y de la Moldavia. Los términos en que el tratado habia de publicarse, eran simplemente un trabajo de redaccion, cuya incumbencia quedaba para los ministros de los dos soberanos.

Satisfechos de esta manera sus deseos, Alejandro y Mr. de Romanzoff experimentaron un gozo que casi igualaba al placer con que habian soñado tres meses antes en la conquista de Constantinopla. Napoleon habia logrado, pues, su plan de contentar á Alejandro con un don restringido, pero inmediato, casi tambien como hubiera podido conseguirlo por medio de las perspectivas magnificas, pero dudosas, con que aquel se ilusionaba. Para ponerse de acuerdo sobre todos estos puntos, hubo que emplear los ocho ó diez primeros dias de la entrevista. Conseguido que fué este objeto, y sin que pueda decirse que no reinó en todas sus discusiones una estremada cortesía, los dos soberanos no obstante, se manifestaron desde que aquellas quedaron terminadas una nueva satisfaccion. Alejandro, especialmente, manifestaba tal afecto en su política, que en el paseo, en la mesa, en el teatro y en todas partes se mostraba familiar, deferente, amigo, entusiasta hácia su ilustre aliado. Siempre que hablaba de él lo hacia espresando un sentimiento tal de admiracion, que chocaba á todo el mundo.

Erfurt se hallaba convertido en un punto de reunion de soberanos, la mas extraordinaria de cuantas menciona la historia. A los emperadores

de Francia y de Rusia, al gran-duque Constantino, al príncipe Guillermo de Prusia, y al rey de Sajonia, se agregaban los reyes de Baviera y de Wurtemberg, el rey y la reina de Westfalia, el príncipe Primado, canciller de la confederacion, el gran duque y la gran duquesa de Bade, los duques de Hesse-Darmstad, de Weimar, de Sajonia-Götha, de Oldemburgo, de Mecklembourg-Strélitz, y Mecklembourg-Schwerin, y otros muchos, que seria prolijo enumerar, consus chambelanes y ministros. Todos comian diariamente á la mesa del emperador, en la cual ocupaba cada uno el sitio correspondiente á su rango. Por la noche iban todos al teatro, reparado y decorado por orden de Napoleon para esta solemnidad, y en seguida pasaban el resto de aquella en el palacio del emperador de Rusia. Sabedor Napoleon de que Alejandro oia con alguna dificultad á causa de una debilidad de uno de sus órganos, habia mandado contruir un estrado en el sitio destinado á las orquestas en los teatros modernos, y en él tomaban asiento los dos emperadores sobre dos sillones magnificos, en los cuales se hallaban á la vista de toda la concurrencia. A derecha é izquierda de ellos habia sillones tambien para los reyes. Detras, ó sea en las lunetas, se hallaban los príncipes, los ministros y los generales: lo cual dió margen á que se dijera, que en el teatro de Erfurt habia un patio de reyes. Como ya hemos dicho, habiase puesto en escena el *Cinna*, á cuya representacion siguieron las de *Andromaca*, *Británico*, *Mitridates* y *Edipo*. Durante la representacion de esta tragedia ocurrió un incidente singular que llamó la atencion del auditorio, llenándole de sorpresa y de satisfaccion. Poseido Ale-

jandro del contento que Napoleon habia tenido el arte de saberle inspirar, dió á éste una prueba de las mas lisonjeras y agradables. Al oír el siguiente verso en boca de Edipo, *L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*, Alejandro asió una mano de Napoleon, de manera que pudiesen ver este movimiento los espectadores, y la estrechó fuertemente. La concurrencia acogió este ademán con una sorpresa y una adhesion unánime.

Hallábase, sin embargo, en Erfurt un personaje, á quien lejos de causar una grata impresion todas estas deferencias y demostraciones de afecto, le atormentaban, por el contrario, haciéndole pasar las mas terribles angustias: este personaje era Mr. Vincent, representante de la corte de Austria, al cual habia enviado su amo á la ciudad mencionada con el objeto aparente de que cumplimentase á los dos soberanos, porque habian tenido á bien dirigirse á un punto tan cercano de su imperio, y en realidad, para que observase lo que allí ocurriera, y penetrara, si le era posible, el secreto de la entrevista, al propio tiempo que para que se quejara, en caso de hallarlo conveniente, de que no se hubiesen acordado del Austria; dando á entender con esto, que si el emperador Francisco hubiese sido invitado, se habria apresurado á ir; que su presencia no hubiera disminuido el esplendor de la entrevista, y que su adhesion no hubiera perjudicado tampoco al cumplimiento de las resoluciones que allí pudiesen adoptarse.

Napoleon habia trazado anticipadamente la conducta que deberia observarse con el enviado austriaco. A fin de conseguir, en primer lugar, que los secretos de la entrevista no llegaran á traslu-

cirse, habiase acordado que participarian de ellos únicamente los dos emperadores, y sus dos ministros Mrs. de Romanzoff y de Champagny. Alejandro y de Mr. de Romanzoff en el interés de su ambicion misma. Napoleon en el de su política entera, y Mr. de Champagny por su discrecion á toda prueba, eran incapaces de revelar ni la parte mas mínima del secreto de estas negociaciones. El misterio de ellas habiase extendido hasta el mismo Mr. de Talleyrand, de quien Napoleon desconfiaba mas cada dia, máxime cuando se trataba de asuntos que tuviesen relacion con el Austria, y al cual se le habia dicho que el objeto de la entrevista era estrechar la amistad de la Rusia y de la Francia, y fijar en un tratado las bases sobre las cuales habia de estribar esta union: pero el objeto positivo de las resoluciones se le ocultó con el mayor cuidado. Nada se le decia, pues, á Mr. de Vincent, y cuando se lamentaba de que no hubiesen contado con el emperador su amo para aquella reunion imperial, respondíasele sin ambages, que aquello era una consecuencia de sus inesplicables armamentos, que para ser asociado á una política, era preciso mostrarse favorable á ella, en vez de hacer demostraciones ostensibles de preparar para combatirla todas las fuerzas de sus estados, y que lo que ganaria el Austria á lo sumo con semejante conducta, seria el que se la alejase cada dia mas de los asuntos graves de Europa, no quedándole otro recurso para adquirir grandes intimidades que el de ir á buscarlas á Inglaterra.

La posicion de Mr. de Vincent iba siendo por momentos cada vez mas falsa, y Napoleon ponía de su parte todos los medios posibles para que fue-

se embarazosa, y hasta humillante, ocultando bajo las consideraciones exteriores mas estremadas una malicia, en la cual le secundaba hasta donde podia el emperador Alejandro. Mr. de Vincent no tenia, pues, otro recurso que Mr. de Talleyrand, quien se mostraba cada dia mas adicto á la política austriaca, y el cual se esforzaba en tranquilizar á aquel, asegurándole que en la entrevista nada se hacia, y que si se aparentaban relaciones intimas era únicamente por mantener la paz, de que tanta necesidad tenia el mundo. Los mas de los extranjeros que se hallaban en Erfurt concurrían á los salones de la princesa de La Tour y de Taxis, hermana de la reina de Prusia, y persona distinguidísima, á cuya casa solia asistir frecuentemente, mientras permaneció en aquella ciudad, el mismo Alejandro. En ella insinuábase por lo regular todo aquello que no se queria decir abiertamente en las conferencias diplomáticas; Mr. de Talleyrand, como se verá en breve, sacaba gran partido de esta clase de reuniones. Desplegábase allí el talento, el chiste, y la mas de icada astucia: entre los concurrentes veíase á los hombres de genio de la Alemania, á Goethe á Wieland, los cuales habian ido con sus augustos protectores los principes de Weimar, y alternaban con los reyes, los principes y los generales. A aquellos salones se iba con objeto de procurar adivinar lo que no se podia saber de modo alguno, y á sorprender por medio de una palabra, que se escapase, algun gran pensamiento militar ó político. El infortunado Mr. de Vincent deshaciase en ellos á fuerza de indagaciones, observaciones y conjeturas de toda especie, y su tortura, asaz visible, causaba no poco gozo á los dos

emperadores, los cuales querian castigar al Austria por su conducta tan hostil como imprudente.

Asegurados ya, al parecer al menos, el acuerdo y las buenas relaciones con la Rusia, en virtud de la cesion formal y no diferida de las provincias del Danubio, y debiendo ser una consecuencia necesaria de aquellas el concurso de esta potencia contra el Austria, Napoleon resolvió en Erfurt mismo algunas otras cuestiones dudosas, relativas á la distribucion de sus fuerzas. En primer lugar, ordenó que partiese inmediatamente de Paris, y de los demas puntos donde se hallaba diseminada, la division Sebastiani, que debia componerse de los regimientos aguerridos destinados á operar en España, y la cual no se habia puesto aun en movimiento para Bayona. Igual orden dió á la division Leval, compuesta esclusivamente de tropas auxiliares alemanas, con el fin de que una y otra, se hallasen en Bayona para fines de octubre. Respecto al quinto cuerpo de ejército, tomó tambien el partido que le pareció conveniente, y mandó, que, en vez de dirigir su marcha sobre Bareuth, como se le habia ordeado en un principio, lo hiciese definitivamente sobre el Rhin y los Pirineos. A las tres divisiones de dragones, por último, que estaban ya en camino para España, añadió otras dos, dejando únicamente en Alemania los coraceros, con una gran porcion de caballería ligera. Estas disposiciones eran el resultado natural de la seguridad que le inspiraba la amistad de la Rusia, y de su deseo de anonadar sin dilacion alguna á los españoles y á los austriacos, lanzando sobre ellos sucesivamente una masa irresistible de fuerzas.

Diez dias habian trascurrido ya desde que los

dos monarcas se hallaban reunidos: restaba únicamente redactar las condiciones de su acuerdo, lo cual no era fácil, atendida la nueva pasión de entrar inmediatamente en el goce del otorgado territorio, que se había apoderado de Alejandro y de monsieur de Romanzoff. Para evitar que la unión, cada día mas cordial de los dos soberanos, pudiese alterarse ni por un momento con la discusión de los pormenores, convinieron entre sí, en dejar á sus ministros Mrs. de Romanzoff y de Champagny el cuidado de redactar el convenio, que debía contener sus nuevas resoluciones, y partieron de Erfurt el 6 de octubre, á fin de pasar dos días en la corte de Weimar, donde se les tenían preparados magníficos festejos. Mrs. de Romanzoff y Champagny quedaron mano á mano para proceder á la obra importante que les había sido confiada (1).

Napoleon, como ya hemos dicho, queria que resultase de la entrevista de Erfurt un acuerdo con la Rusia, que fuese sólido, y sobre todo evidente, que impusiese á sus enemigos, y que, quitándoles toda esperanza de triunfo, les impeliese á apetecer la paz. En recompensa de lo que la Rusia le dejaba hacer en España é Italia, concediale á su vez la pertenencia, lo mismo en caso de guerra

(1) Ya he dicho que hay cartas de Mr. de Champagny al emperador, en las cuales le contaba dia por dia los pormenores de las negociaciones, aun en la época misma en que ambos se hallaban reunidos en Erfurt. Estas cartas continuaron naturalmente, cuando Napoleon fué á Weimar. Quanto acabo de decir respecto á la entrevista, es referente á documentos auténticos.

que en tiempo de paz, de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia: al hacer esta concesion, sin embargo, opinaba que si era posible procurar tales ventajas á la Rusia, sin que la paz se alterase, valia mas hacer un ensayo de ellas antes de lanzarse en una nueva guerra general, en la que el mundo entero tomaria parte, y el Austria y la Turquía especialmente. Napoleon estaba convencido de que si la unión de la Francia y de la Rusia era completa, sincera y evidente, el Austria no podria menos de rendirse ante semejante alianza, porque de lo contrario seria destrozada entre los dos imperios, y no dudaba tampoco que, una vez rendida el Austria, la Inglaterra tendria que ceder cuando le tocase el turno, y se veria obligada á firmar la paz marítima. Para decidirla á dar este paso, reservábase poner en práctica otros diversos medios. Lo que queria por de pronto era que se hiciesen á la Inglaterra insinuaciones de paz, que se le hiciesen solemnemente á nombre de los dos emperadores, y de manera que fuesen bien conocidas del pueblo inglés, porque en el tiempo que se invirtiera en ellas, se proponia, confiando en la alianza rusa, no dejar en Alemania mas que una reducida parte del grande ejército, llevar el resto hácia el campo de Bolonia, marchar él mismo á la cabeza de un refuerzo de ciento cincuenta mil hombres de tropas aguerridas hácia la Península, cuyo número ascenderia el total de las fuerzas francesas enviadas al otro lado de los Pirineos á doscientos cincuenta mil, acabar con los insurgentes, y hacer en los ingleses que se hallasen desembarcados una buena riza. Con estos medios reunidos, creia poder obligar á la Inglaterra á entrar



en negociaciones: y si bien es verdad que era preciso decidirla á que aceptase dos hechos considerables, cuales eran el entronizamiento de la casa Bonaparte en España, y la posesion de las provincias del Danubio por la Rusia, abrigaba, sin embargo, alguna esperanza de conseguirlo, mediante á que eran dos hechos consumados, ó que estaban muy cerca de serlo, puesto que la España debía quedar, á su juicio, sometida en dos meses, y las provincias del Danubio estaban ocupadas por la Rusia de un modo, que quitaba á los turcos y á sus amigos toda esperanza de obligarla á que las evacuase. Además, la Inglaterra habia manifestado á la Rusia una especie de predisposicion á concederle la Moldavia y la Valaquia. Napoleon, por tanto, no veia en estas dos pretensiones obstáculos invencibles para la paz, máxime si lograba un favorable éxito en los golpes que esperaba dar á los españoles y á los ingleses.

En su consecuencia habia imaginado dirigir á la Inglaterra una proposicion, hecha en nombre de los dos emperadores, *unidos* (asi debia expresarse en el manifiesto), *tanto para la guerra como para la paz*, y en la cual se ofreciese la negociacion de un acomodo general, basado sobre el *uti possidetis*. Esta base de negociacion era muy cómoda, porque, dejando á la Inglaterra sus conquistas marítimas, inclusa la isla de Malta, aseguraba á la Francia la posesion de España y de Nápoles, y á la Rusia la de la Finlandia y las provincias danubianas. A fin de asegurar la posesion de estas últimas á la Rusia, deberian dirigirse á la Puerta para declararla, que la custodia de ellas quedaba á cargo del emperador Alejandro, decla-

racion que apoyaria con la presencia de los ejércitos rusos, y con los consejos de la Francia. Sino se lograba que fuese escuchada esta declaracion, la Francia entregaria la Puerta á la Rusia, lo cual no ofrecia duda alguna respecto al resultado.

Napoleon y Alejandro se hallaban de acuerdo sobre estos dos puntos, y la redaccion, por consiguiente, no podia presentar dificultades, porque jamás las hay en la expresion, cuando no las hay tampoco en el pensamiento. Habia, empero, un punto importantísimo, sobre el cual parecia que el acomodo debia ser difícil. Al conceder Napoleon á la Rusia positiva é inmediatamente la Moldavia y la Valaquia, queria que la Rusia aplazase por algunas semanas sus comunicaciones á la Puerta, fundándose en que si esta potencia llegaba á saber lo que se la preparaba, se exasperaria, lo pondria en conocimiento de la Inglaterra, se echaria en sus brazos (1), y esta nacion, viendo surgir un nuevo aliado, encontraria en la union con la España, el Austria y la Turquía probabilidades de éxito en una nueva lucha, las cuales inducirian á desesti-

(1) Hé aqui lo que escribia Napoleon á Mr. de Champagny sobre este punto. «La discusion no puede recaer mas que sobre la única frase añadida al artículo 8.º, esa frase, sin embargo, es consecuencia inmediata del paso que se trata de dar; porque si la Inglaterra se decide á entrar en negociaciones, será en ellas mucho mas exigente, si una potencia tan considerable como la Turquía se adhiere á sus intereses. ¿A qué, pues, abrirle sin motivo los puertos de la Siria, Egipto, Africa y la Morea? Las casas francesas serian saqueadas, aprisionados ó degollados millares de hombres, el comercio interrumpido, y todo esto redundaria en perjuicio de la Rusia. Y si lle-

mar la paz: al paso que esperando algunas semanas solamente, seria mas fácil obligar á la Inglaterra á que entrase en negociaciones, y una vez metida en ellas, le sería difícil salir, mediante á que el pueblo inglés debia desear el fin de la guerra; y aun cuando se la revelase la última condicion, esto es, la de dejar á la Rusia las dos provincias que esta poseia de hecho, era dudoso, que, despues de hallarse inclinado á ideas de paz, volviese á las ideas de guerra por una cuestion en la cual no estaba muy interesada personalmente. En esta cláusula adicional era, pues, donde consistia la dificultad; es decir, en el plazo de algunas semanas, al cual queria condenarse á la impaciencia rusa.

El emperador Alejandro descansaba completamente sobre este punto en su viejo ministro, cuyo ardor igualaba cuando menós al suyo. Habiéndose avocado Mr. de Champagny con Mr. de Romanzoff, lo halló dispuesto á consentir en todo sin vacilacion alguna; mas cuando llegó á tratarse de la precaucion solicitada, ó sea, sobre la de diferir las comunicaciones á la Puerta, el ministro ruso se mostró intratable. Segun él, era insoportable un nuevo plazo despues de los quince meses de

gaso á hacerse la paz entre esta potencia y la Puerta, mientras que se estuviesen verificando las negociaciones con la Inglaterra, seria un incidente que nos produciria mayores contras que ventajas, porque la Inglaterra veria mas en claro los negocios que se han tratado en Erfurt, y el acuerdo con la Puerta la haria comprender, que las ideas de reparticion están lejanas, y esta le daria menos cuidado. Todo, pues, induce á que sea escrupulosamente ejecutado el artículo propuesto.

espera que habian sucedido á la entrevista de Tilsit. Quince meses hacia, en efecto, que la Francia andaba entreteniendo con promesas á la Rusia sin concederla nada, obligándola de este modo á permanecer con los turcos en estado de armisticio. A no ser por las instancias de la Francia, decia Mr. de Romanzoff, ya habríamos marchado sobre los Balkanes para estas fechas, y reducido á la Turquía á que cediese la posesion de unas provincias que no es capaz de retener ni de gobernar. A esto añadia, que todo lo que habian sacado de la union de Tilsit, era el entorpecimiento impuesto á la accion rusa, y que aun asi, habia costado gran trabajo el someterse á ella; en una palabra, que no habian venido desde tan lejos, desde San Petersburgo á Erfurt, venciendo grandes oposiciones, desatendiéndose de siniestros pronósticos, y haciendo grandes sacrificios de dignidad, mas que con el objeto de que terminase un *statu quo* tan desolador.

Mr. de Champagny respondia que se trataba solamente de un plazo de algunas semanas; que ibau á mandarse correos á Londres; que la contestacion no se haria esperar mucho; que en el caso de que la Inglaterra accediese á la apertura de una negociacion, se veria pronto si era aceptada ó no la base de *uti possidetis*; que si lo era, valdria la pena de esperar un poco para obtener las adquisiciones proyectadas sin recurrir á la guerra, y que si, por el contrario, no la aceptaba, podrian comenzarse inmediatamente en Constantinopla las comunicaciones, á las cuales debia seguirse pacífica ó militarmente, la adquisicion de las tan deseadas márgenes del Danubio. Ninguna de todas